A close-up photograph of human skin, showing the texture and contours of an arm and shoulder. A thin white horizontal line is drawn across the middle of the image.

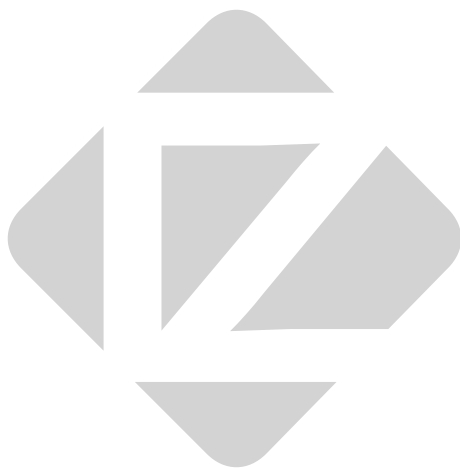
Ernesto Hernández Busto

CERDOS Y NIÑOS

Por qué seguimos siendo carnívoros

INTERZONA

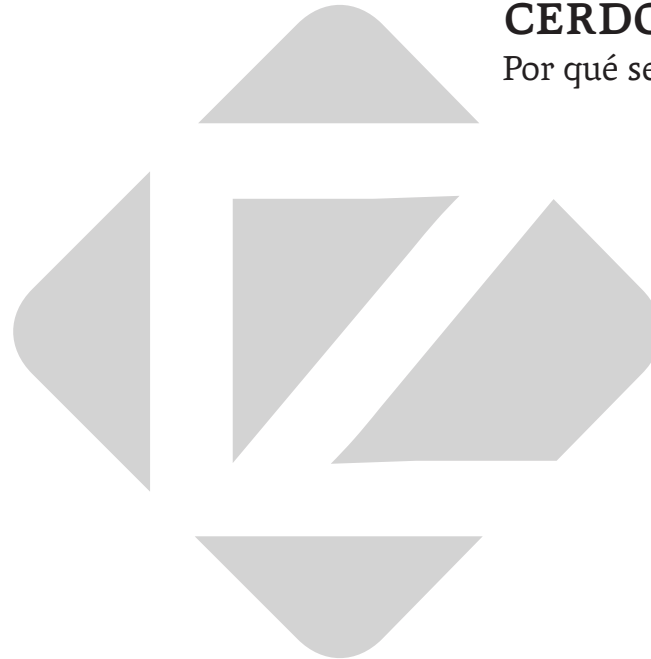
CERDOS Y NIÑOS



Ernesto Hernández Busto

CERDOS Y NIÑOS

Por qué seguimos siendo carnívoros



INTERZONA

INTERZONA

Hernández Busto, Ernesto
Cerdos y niños: Por qué seguimos siendo
carnívoros / Ernesto Hernández Busto - 1a ed. -
Buenos Aires: interZona Editora, 2020.
96 p.; 18 x 12 cm. (Zona de Ensayos)

ISBN 978-987-790-020-0

1. Ensayo Filosófico. 2. Ensayo Histórico.
I. Título. CDD 146

© Ernesto Hernández Busto, 2020

© interZona editora, 2020

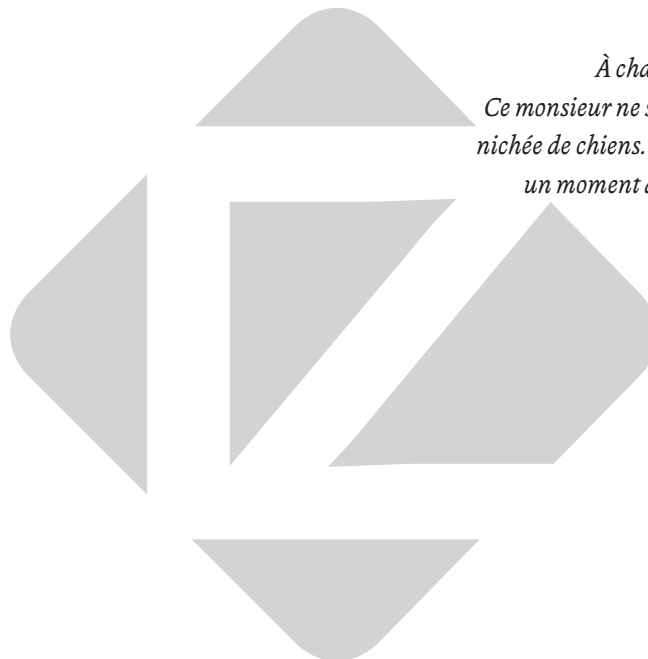
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Luciano Páez
Composición de interior: Brenda Wainer
Composición de tapa: Luciano Páez
Imagen de tapa: Shutterstock
Corrección: Alejandra Teijido

ISBN 978-987-790-020-0

Libro de edición argentina.
Impreso en China. *Printed in China.*

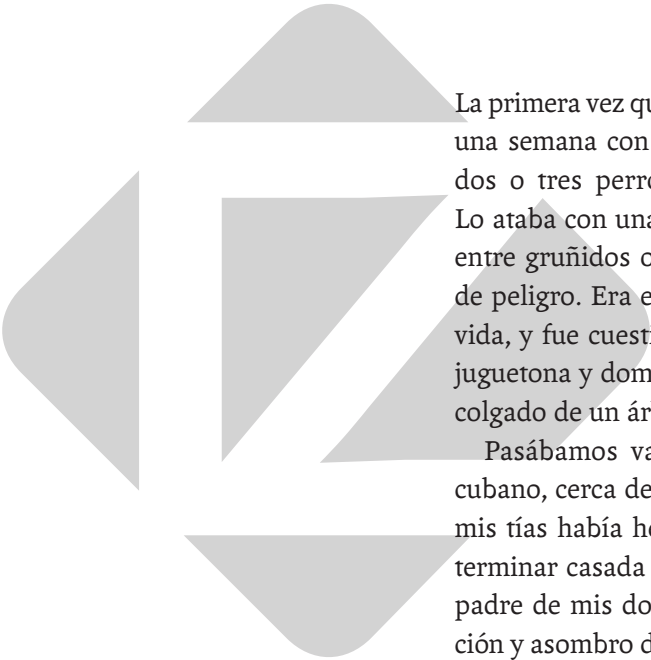
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*À chaque être, plusieurs autres vies me semblaient dues.
Ce monsieur ne sait ce qu'il fait : il est un ange. Cette famille est une
nichée de chiens. Devant plusieurs hommes, je causai tout haut avec
un moment d'une de leurs autres vies. – Ainsi, j'ai aimé un porc.*
Arthur Rimbaud, "Alchimie du Verbe",
Une saison en enfer

*De pie ante la sonrisa
de una cabeza de cerdo cocida,
ser por todos los medios igual de generoso.*
Ko Un, "Una sonrisa"

*Evil is unspectacular and always human,
And shares our bed and eats at our own table...*
W. H. Auden, "Herman Melville",
Another Time



La primera vez que vi matar a un cerdo tenía once años. Jugué una semana con el animal, mucho más interesante que los dos o tres perros semijíbaros del caserío donde estaba. Lo ataba con una cuerda, lo miraba revolcarse por el fango entre gruñidos o correr, desaforado, ante el menor indicio de peligro. Era el primer cerdo “de verdad” que veía en mi vida, y fue cuestión de días el paso abrupto de esa imagen juguetona y doméstica a otra de su cuerpo abierto en canal, colgado de un árbol en el patio y rodeado de moscas.

Pasábamos vacaciones en un sitio remoto del oriente cubano, cerca de un pueblo llamado Yareyal, donde una de mis tías había hecho su servicio social como médico, para terminar casada con un lugareño que luego se convirtió en padre de mis dos primos. Recuerdo mi mezcla de fascinación y asombro durante aquella estadía en un lugar con muy pocas comodidades, parte de un mundo asilvestrado, ajeno, del que solo tenía lejanas noticias.

Mi visita coincidía con el bautizo público de la casa de mis tíos: la gente se juntaba en los preparativos para “tirar

la placa” de la futura vivienda y mientras tanto mi madre y yo dormíamos donde los suegros, una de las pocas casas de mampostería de la región, pero con el piso de tierra apisonada. El ambiente era festivo e incluía la más tradicional y antigua de las celebraciones: un animal sería sacrificado y todos nos reuniríamos alrededor de una mesa para comer de él.

La *vulgata* psicológica de Occidente asegura que ciertos recuerdos de infancia son capaces de ocasionar un trauma, una herida interior, que activa a su vez un mecanismo de defensa para archivarse en un lugar recóndito de la memoria. Pero esta escena de mi biografía no reúne los requisitos para ser llamada, con propiedad, “traumática”. Por el contrario, aunque han pasado muchos años, tengo aún presentes los detalles de aquella ceremonia, donde a la puñalada le seguían la evisceración, la recogida de la sangre, el baño con agua hirviente, el cuidadoso afeitado y los tajos finales sobre una tarima de madera.

Los mayores que no se afanaban junto al cuerpo inerte permanecían a cierta distancia; algunos envueltos desde temprano en brumas alcohólicas, otros jugando al dominó o conversando bajo los portales. El sacrificio del cerdo era un ritual masculino y solitario: las matronas de casa podían ocuparse de estrangular una gallina o degollar un pato con especial destreza, pero el destino de aquel otro animal se le confiaba a un solo hombre, un vecino que llegaba con su filoso *matavacas* envuelto en una vaina de cuero. Durante

los preparativos debía soportar con una media sonrisa las bromas sobre su presunta torpeza, trufadas con anécdotas de fracasos previos, escenas donde algún marrano echaba a correr tras la primera cuchillada, desangrandose y dando unos tremendos alaridos hasta que alguien corría a solventar el problema con un mazo o un machete. No pasaban de ser bromas porque aquel hombre era un experto en dar muerte por sorpresa, con eficacia recompensada en especie: un trozo de la víctima sería suyo. Entre el primer grito y el estertor final, pronto lo supe, solo transcurrían unos minutos.

En Yareyal, los niños teníamos con los cerdos la misma relación que con otras mascotas, aunque velada por un horizonte de sangre. Yo escuchaba las chanzas y veía los preparativos con una mezcla de morbo y curiosidad. Por supuesto, también sentía compasión por el animal. Me estremecí ante el grito casi humano de aquel primer cerdo, y mucha gente confiesa un sentimiento parecido en similar trance. Los filósofos tienen razón al buscar en la piedad hacia los animales la primera prueba de una moral elemental, casi instintiva. Pero ese día y los siguientes comí de aquella carne. Ver la sangre no anuló mi apetito carnívoro. He preguntado luego a muchas personas, y siempre llegamos al mismo punto: ninguno se ha vuelto vegetariano tras asistir al sacrificio de un cerdo. A pesar de las numerosas ficciones al respecto, por el animal sentimos piedad pero no solidaridad; esa lástima no se traduce en fenómeno trans-individual: la *e-moción* no nos *con-mueve* hasta el punto de activar una moral práctica.

Tal es el quid de una larga serie de disquisiciones en contra del sacrificio animal, desde el polémico manifiesto de Peter Singer, *Liberación animal*, hasta las agudas observaciones de Elizabeth Costello, el personaje de J. M. Coetzee en *Las vidas de los animales*: ¿en qué medida podemos identificarnos o solidarizarnos con el animal que nos comemos? Todas las culturas muestran ejemplos de piedad ante ese sufrimiento. Y esa piedad no impide que, también en todas, el animal sea sacrificado, repartido y devorado. Podemos experimentar ese “sentimiento de lo insoportable” al que se refería Kant para criticar el maltrato a los animales. Pero también tiene razón el filósofo cuando le niega a esa experiencia el plus que convertiría una acción moral en imperativo práctico de seres autónomos. Como dice uno de los versos del célebre poema de Ted Hughes, “View of a Pig”: “El tajo en su garganta fue impactante, pero no patético”.

* * *

He rememorado mi temprana iniciación al sacrificio del cerdo mientras leía la edición española de *Eating Animals*, ensayo-reportaje de Jonathan Safran Foer, dedicado a la industria (norteamericana) de la alimentación animal. El libro es pródigo en ejemplos de maltratos, torturas y atrocidades, de las cuales intenta hacernos cómplices a quienes incluimos en nuestra dieta cualquier tipo de carne o pescado.

Pero fracasa como alegato porque lo propulsa una intención moralizante con la que cuesta identificarse: no diferencia entre la piedad ante el sufrimiento animal, o incluso el “sentimiento de lo insoportable” ante las evidencias del trato inhumano a los animales, y la norma universal que nos obligaría a transformar esos datos en una ética vegetariana.

Uno de los capítulos del libro describe la visita de su autor a un matadero modélico, el Paradise Locker Meats, donde se sacrifican cerdos en un régimen diferente al de los mataderos industriales en cadena. Allí la muerte es una ceremonia casi secreta; una pistola de perno cautivo deja inconsciente al animal antes de desanjarlo y descuartizarlo. Se aplica al pie de la letra la Ley de métodos humanitarios: la bestia tiene que estar medio atontada antes de morir. La razón no es solo compasiva: los cerdos tienen una notable tendencia al estrés y su nerviosismo empeora la calidad de la carne al producir un ácido que corroe el músculo del animal. Por eso en estos asépticos macelos abundan las cortinas.

El libro de Safran Foer me recordó un pasaje de Mencio, filósofo chino del siglo IV antes de nuestra era. Un rey tiene dudas sobre su capacidad para hacer el bien, y un sabio, para reconfortarlo, le recuerda que, mientras se hallaba en su sala de audiencias, el soberano había visto pasar al pie de las gradas un buey que era llevado al sacrificio. No pudiendo soportar el aspecto temeroso del animal conducido al suplicio, ordena liberarlo.

—¿Debemos renunciar al sacrificio?, le pregunta uno de sus funcionarios.

—Imposible, responde el rey: solo tenéis que sustituir el buey por un cordero.

¿Por qué preferir un cordero al buey? ¿Acaso no son ambos igual de inocentes? El sabio nos explica: si el rey propuso sustituir al buey por un cordero es porque *había visto* el triste aspecto del buey, mientras que no había visto al cordero. Ha sido testigo personal del terror de un animal, mientras que la suerte del otro queda solo como una idea anónima, abstracta y, por lo tanto, sin consecuencia moral directa. Ese intercambio bastaría, según el filósofo chino, para probar la virtud del gobernante.

Con su libro, lleno de referencias siniestras (y verdaderas) a las atrocidades que sustentan nuestra dieta cotidiana, Safran Foer pretende que *veamos*, como aquel rey de Mencio, la crueldad oculta tras el actual modelo de alimentación y que se abra un debate global sobre la urgencia de acabar con un sistema inhumano que afecta al medioambiente, la sanidad, los derechos laborales, etc. También nos cuenta el origen de su propia conversión anti-carnívora: “La llegada al mundo de mi hijo —dice en una entrevista—, pensar en el ejemplo que quería darle y en su porvenir, me sirvió una de esas contadas oportunidades que te da la vida para cambiar de una vez por todas”.

Como tantos padres actuales, el escritor norteamericano aspira a una ética blindada ante cualquier reproche, no solo

pasado sino también futuro: el nacimiento de su hijo se convierte en la oportunidad perfecta para una auto-refundación *vegan*. Pero mientras se esfuerzan por proteger a su prole, estos padres de nueva hornada incurren en un neopuritanismo ridículo: separar a los hijos de cualquier atisbo de violencia o sufrimiento, aunque sea por animal (comido) interpuesto.

Tras sus descubrimientos en los mataderos, Safran Foer sintió que había vivido en pecado y no quería transmitir esa herencia. Tal vez no se haya dado cuenta de la soberbia que implica negarle a su descendencia una posibilidad de conciencia en contacto con el mundo real, donde la violencia y el sufrimiento son omnipresentes. El deseo de contar el horror que no vemos para convencernos y proteger una virtud nonata procedería, en última instancia, del afán por preservar una ignorancia feliz y reconocer solo a la naturaleza domesticada.

* * *

Más de una vez niños y cerdos han intercambiado el papel de víctima. Tal vez porque, como asegura el historiador Michel Pastoureau, nada se parece más a un recién nacido que un cerdito.

La antología de relatos folklóricos para niños editada en 1812 por los hermanos Grimm, incluía el siguiente cuento, expurgado luego por Achim von Arnim en la segunda y más popular edición de 1819:

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA